



ALMANAQUE DE LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA

PARA 1891 a pfs. 0'50 ejemplar. Se venden en esta Imprenta

JOSÉ LUNA, MEDICO. Ha trasladado su consultorio a la calle de Sagunto n.º 12. (Tondo) frente al Teatro de Tondo.

Domingo Gascon (Kon-Gas), Abogado. Calle del Caballero de Gracia 48. Madrid.

Antiguo representante de la Junta de Obras del Puerto de la Coruña y de los ayuntamientos de Zaragoza, Huesca, Teruel, Linares, Calatayud, Carolina, Baeza, etc etc. Se encarga de representar a Sociedades y Corporaciones así como de la gestion de toda clase de asuntos cobro de créditos contra el Estado y particulares etc. etc. Referencias y garantías cuantas puedan desearse. Dirijirse a la Administracion de el DIARIO DE MANILA.

LIBRERIA DEL "DIARIO DE MANILA." NOVELAS

Antiguas ediciones de "El Correo de Ultramar" Encuadernacion de todo lujo.

Table with columns: AUTORES, TITULOS DE LAS OBRAS, PRECIO. Lists authors like C. Dickens, J. Sand, J. Montepin, etc. and titles like David Copperfield, Los Caballeros de Bois-Doré, etc.

Table with columns: AUTORES, TITULOS DE LAS OBRAS, T.º, P.º, C.º. Lists authors like E. Zola, E. Zola, F. Boisgoby, etc. and titles like La Alegria de vivir, Claudina Marly, etc.

Table with columns: L. Halevy, Pi y Molist, E. P. Escudé, etc. and titles like El abate constantino, Primores de Don Quijote, etc.

Table with columns: Tillaux, Beraud, Maestre, etc. and titles like Anatomia Topográfica, Anatomia Quirúrgica, etc. under the heading LIBROS DE MEDICINA Y CIRUGIA.

NOVEDAD Y BARATURA.

Grabados oleografias, fotografados, cromotipografados, cromolitografias, facsimile acuarela, miniaturas, etc. etc. ACABAMOS DE RECIBIR: Tubitos de colores para pintura al óleo.

Tubitos de colores para acuarelas. Godetes de colores para acuarela. Amarillo cadmium, id. brillante, Laca carminada, id. de garancia, id. rosa, id. amarilla, id. verde, id. violada, id. ultramar, etc.

Pinceles para aguada—Marta colorada—Cedra petit gris—Redondos Marta—Brochas para pintura—Redondas—Chatas—Colas de bacalao para cuadros—Difuminos papel blanco—Tientos de pintor, etc. etc.

RAMIREZ Y COMPAÑIA

IMPRENTA, LIBRERIA, ALMACEN DE PAPEL, FÁBRICA DE RAYADOS Y ENCUADERNACION

amente se han arrepentido de haber seguido mis consejos. Cuando Mr. Laubépin acababa de hacer este elogio de sí mismo, una anciana criada ha venido a anunciarnos que podíamos ir a comer. Entonces he tenido el gusto de conducir a Madame Laubépin a la sala inmediata. Durante la comida la conversación ha girado sobre las cosas más insignificantes, no cesando M. Laubépin de fijar en mi su mirada penetrante y equívoca, en tanto que Mme. Laubépin adoptaba, al ofrecermelos los manjares de cada plato, ese tono condolido y quejumbroso que se afecta a la cabecera de un enfermo. Por fin nos hemos levantado, y el anciano notario me ha introducido en su gabinete, donde nos han servido el café. Entonces, haciéndome sentar, y arrojándose a la chimenea: —Señor marqués—ha dicho M. Laubépin—me he hecho el honor de confiarle el cuidado de liquidar la herencia del difunto señor marqués de Champepy d'Hauterive, vuestro padre. Ayer mismo me disponía a escribirlo, cuando supe que os hallabais en París, lo cual me permitió daros cuenta de viva voz del resultado de mi celo y de mis operaciones. —Tengo el presentimiento de que ese resultado no es satisfactorio. —No, señor marqués, y no debo ocultaros que es preciso que os arriesgue de valor para saberlo; pero yo tengo la costumbre de proceder con método. En el año 1820, señor marqués, la señorita Luisa Elena Dugald Delatouche d'Eronville fué pedida en matrimonio por Carlos Christian Odier, marqués de Champepy d'Hauterive. Inviado por una especie de tradición secllar de la dirección de los intereses de la familia Dugald Delatouche, y admitido además

con vos el agente de un especulador hábil, rico e influyente; esta persona ha concebido el proyecto de una gran empresa, cuyo objeto se os explicará en seguida, y que no pueda tener éxito más que con el concurso particular de la aristocracia del país. Es de parecer que figurando entre el de los socios fundadores un apellido antiguo e ilustre como el vuestro, señor marqués, esto daría por resultado captarle las simpatías del público especial a quien deben ir dirigidos los prospectos. En vista de estas ventajas, os ofrezco primero lo que se llama comúnmente una prima, es decir, una docena de acciones a título gratuito, cuyo valor, estimado por el pronto en diez mil francos, se vería probablemente triplicado por el buen éxito de la operación. Además... —No, prosigais, Mr. Laubépin; tales infamias no valen la pena de formularlas. He visto brillar de pronto los ojos del anciano bajo sus espesas cejas, como si se hubiera sorprendido de ellos una centella. Una débil sonrisa ha dilatado las rígidas arrugas de su semblante. —Si la proposición no os place, señor marqués, ha dicho tratamudeando, no me agrada a mí mucho más. De todos modos he creído debéroslo comunicar. Hé aquí otra que tal vez os agrada un poco más, y que de hecho es más aceptable. Cuento, caballero, entre el número de mis más antiguos clientes un honrado comerciante que se ha retirado de los negocios hace poco tiempo, y que goza por otra parte tranquilamente, en compañía de una hija única y por consecuencia adorada, de una aurea mediocritas, que yo me atrevo a fijar en veinte y cinco mil libras de renta. La casualidad quiso, hace tres días, que la hija de mi cliente tuviera

francos. Esto supuesto, señor marqués, ¿me será permitido preguntaros, a título confidencial, amigable y respetuoso, si habeis pensado en algun medio para asegurar vuestra existencia y la de vuestra hermana y pupila, y cuáles son vuestros proyectos? —No he formado ninguno, os lo confieso. Todos los que hubiera podido formar son inconciliables con la completa carencia de medios que me rodea. Si fuera solo en el mundo, me haría soldado, pero tengo una hermana, y no puedo sufrir el pensamiento de ver a la pobre niña reducida al trabajo y a las privaciones. Es feliz en su convento, y es bastante niña para que pueda permanecer todavía en él algunos años. Aceptaría con toda la efusión de mi alma cualquier ocupación que me permitiera, reduciéndome yo mismo a la mayor estrechez, ganar cada año el importe de la pensión de mi hermana, y formarle un dote para el porvenir. M. Laubépin me ha mirado fijamente. —Para alcanzar ese objeto—ha dicho—no debeis pensar, señor marqués, entrar a vuestra edad en la lenta carrera de la administración pública y de las funciones oficiales. Necesitarais un empleo que os asegurara desde el primer día cinco ó seis mil francos de sueldo al año, y debo advertiros que en el estado de nuestra organización social, no basta alargar la mano para encontrar ese desideratum. Felizmente tengo que comunicaros algunas proposiciones concernientes a vos, que son de tal naturaleza, que modificarían desde este momento, y sin gran esfuerzo, vuestra situación. Los ojos de M. Laubépin se han fijado en mí con una penetrante atención mayor que antes, y ha continuado: —En primer lugar, señor marqués, seré para

desde tiempo muy lejano al lado de la joven heredera de esta casa bajo el pie de una respetuosa familiaridad, hice uso de todos los argumentos imaginables para combatir la inclinación de su alma y desviarla de aquella funesta alianza. Digo funesta alianza, no porque la fortuna de M. Champepy, a pesar de algunas hipotecas con que estaba gravada en aquella época, no fuera igual a la de la señorita Delatouche; pero yo conocía el temperamento y carácter, en cierta manera hereditarios, de M. de Champepy. Bajo el exterior caballeresco y seductor que le distinguía como a todos los de su familia, veía yo claramente la obstinada inflexión, una ligereza incurrable, el furor por los placeres y una firmeza egoísta... —Señor—le he dicho interrumpiéndole bruscamente—la memoria de mi padre es sagrada, y quiero que lo sea para todos los que hablen de él en mi presencia. —Caballero—ha continuado el anciano con una emoción repentina y violenta—respeto mucho ese sentimiento; pero al hablar de vuestro padre, me cuesta mucho trabajo olvidar que hablo del hombre que ha sido causa de la muerte de vuestra madre, una mujer heroica, una santa, un ángel! Yo me he sentido muy agitado, M. Laubépin, que habia dado algunos pasos a través del aposento, me ha cogido por el brazo. —Perdonadme, joven—me ha dicho—pero yo quería mucho a vuestra madre. La he llorado. Tened la bondad de perdonarme. Luego, volviendo a sentarse delante de la chimenea: —Continuo—ha añadido con la solemnidad que le es habitual—tuve el honor y el pesar de redactar el contrato matrimonial de vuestra